

XXXVII Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2021

DELIRIO DE NEGACIÓN

ADOLFO MUÑOZ PALANCAS

PREMIO

El 16 de Julio de 2021,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Ángel Olgoso, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Ginés Anierte y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la trigésima séptima
edición al cuento titulado *Delirio de negación*,
de Adolfo Muñoz Palancas.

Adolfo Muñoz Palancas, nació en Villarta de San Juan (C.Real). Es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Murcia y profesor en el IES Francisco Ros Giner de Lorca.

Ha escrito artículos en revistas científicas y educativas y ha publicado tres libros de relatos: *Los caminos del cielo* (2003), *El último carnaval* (2011) y *Cuatro colores* (2015), y una novela: *La podredumbre y el mar* (2011), que obtuvo el Premio de Novela Corta "J. L. Castillo-Puche" de Yecla (2010).

Ha obtenido más de una veintena de premios y distinciones en concursos literarios, como el "Certamen Internacional de Tanatocuentos" (2006), el Concurso de Cuentos "Hucha de Oro" que organiza la Fundación de las Cajas de Ahorros (2007), el Certamen de Relatos Cortos "Tierra de Monegros" (2008), el Concurso Literario "San Pedro" de La Felguera (2010), el Premio Internacional de Relatos Cortos "Ateneo de Sanlúcar de Barrameda" (2015), el Certamen Literario "Villa de Iniesta" (2015), el Concurso de Relatos Cortos "Juan Martín Sauras" de Andorra (2016), el Certamen de Narrativa "María Fuentetaja" de El Escorial (2018).

DELIRIO DE NEGACIÓN

¿Sabe usted que hay gentes que se niegan a morir? ¿Ha oído usted gritar: «¡Jamás!» a una mujer en el momento de morir? Albert Camus, La peste

Ahora no escucho las voces y músicas de los televisores de mis vecinos, sus conversaciones, sus pasos al ir y venir o el chirrido del ascensor en el que suben y bajan; tampoco los timbres que anuncian las visitas, el zumbido de un aspirador o el retumbar de una cisterna que libera sus desperdicios; ahora, lo que escucho es cómo están forzando la puerta de mi casa y sé que la patota viene a por mí y yo aguardo aquí sentada, sin poder huir.

No era algo extraño que me sorprendieran así, pues llevo toda la vida en el sillón, no por pereza o comodidad, como ahora, sino también por trabajo. Me llamo Amalia Liberman, psicoanalista jubilada, y mi vida ha transcurrido en esta postura, mientras me daban la espalda mis pacientes -y que me perdone el maestro Lacan por usar ese término- pero, por lo común, sufrían y me pagaban por sanarlos-; mientras los escuchaba divagar para romper la crisálida de sus miedos y garabateaba sobre la libreta algunas palabras que, de pronto, me brillaban como pepitas de oro entre el torrente de sinsentidos; mientras oficiaba mis pocas frases y mis muchos silencios. Llevo toda la vida sentada en un sillón, viendo cómo desfilan las vidas de los otros ante mí, como esos rostros con los que te cruzas en el metro durante un breve lapso y que, al instante, ya se han marchado.

Me gusta sentarme frente al balcón, tras los visillos tenues que tiñen la calle de neblina y hacen las formas y colores más amables, menos agresivos. Por las noches, difuminan la luz amarilla de las farolas o de las viviendas de enfrente e, incluso, los rótulos de las oficinas y tiendas o los insoportables guiños de los árboles y adornos navideños, porque ya es Navidad, maldita sea, otra vez. Durante el día, los visillos convierten la calle en una foto en blanco y negro en las horas de máxima luminosidad, cuando se luce el sol ufano de Madrid, ufano como sus habitantes, y la tiñen de sepia al amanecer o al ocaso, convirtiendo mi paisaje en fotos viejas, viejas como yo.

Es cómodo mi sillón. Soy menuda y el sofá siempre me ha parecido enorme, solo lo

uso para dormir, cuando no me siento con fuerzas para hacerlo en la cama, que es todavía más grande. Supongo que, como los ratoncitos, busco confinarme, que mi pequeño cuerpo tenga protegidos los flancos. ¡Qué tonta! Lo sé. Es más, a veces, cuando me imagino dentro de un féretro, espero que no me resulte demasiado holgado, que la madera me abrace, me da igual que digan que entonces ya todo da igual, que ya no se siente nada. Sin embargo, no creo que se hagan los ataúdes por números como los zapatos y seguro que me llevarán dando botes dentro. Seguro. Ya digo, es cómodo este sillón, lo único que echo de menos es fumar; pero ya se sabe: el corazón, la tensión; otra victoria de los años, otra más, como el maldito polvo que baila en el aire y que lo cubre todo, sabiéndose impune, y contra el que ya he desistido de luchar.

Estoy sola y sin familia, como suelen rezar las noticias que buscan dar pena a los demás; aunque a mí me gusta estar sola y sí que, en realidad, tengo familia; tengo dos sobrinas, allá lejos, a las que no llamo porque sería como marcar un número al azar y hablar con un desconocido. No he tenido hijos, ni gatos ni perros; amantes, sí, muchos, por supuesto, pero eso ya también pasó; quedó atrás como casi mi acento, como cuadra, pollera, saco y todas esas palabras que he ido perdiendo, todas esas que se me cayeron al andar por aquí, como decía Neruda que les ocurría a los conquistadores con las suyas, y, aun así, siempre que discutía con algún español acababan llamándome sudaca, puta sudaca, y si no me llamaban puta judía era por su propia ignorancia, porque la mayoría no asociaban mi apellido, Liberman, con ese origen. Y también pasó el deseo. El deseo ahora se limita a mirar por la ventana del balcón y dejar que su luz filtrada por los visillos juegue con mis ojos.

Recuerdo un paciente que tuve y que me explicaba que no deseaba nada porque decía estar muerto. Padecía el síndrome de Cotard o delirio de negación, una patología tan extraña que apenas aparece en los manuales y en la que se sufre una hipocondría tan extrema que quien la padece siente que carece de órganos o, incluso, es capaz de percibir la putrefacción de los mismos. A él le dije: «Cuéntame», como les decía a todos mis pacientes, «Cuéntame, no dejes de contar, lo que sea». Y algunos me contaban y otros no. Y ahora no hay nadie cerca que me cuente o, mejor dicho, no quiero que nadie me cuente, como si mi jubilación implicara un aislamiento de forma voluntaria de todos los cuentos, de todas las vidas ajenas, la

necesidad de un silencio social en el que me deleito, que saboreo con fruición, la mayor parte del tiempo.

Escucho las voces en el piso de al lado, la vecina está discutiendo, una vez más, con su hija. Es extraño porque, aunque cada vez soy más dura de oído, las oigo con mayor claridad y, como supongo que no se habrán vuelto más delgadas las paredes, seguro que es porque se gritan más fuerte, cada vez derrochan más energía y violencia en sus trifulcas. Al poco de irse la hija, suena el timbre de la vecina. Ella pregunta: «¿Quién es?» y le responden: «Policía» y yo no puedo evitar un escalofrío. No puedo remediarlo, después de tantos años, no logro no estremecerme al oír esa palabra, ese tono severo y brusco, pues resulta imposible pronunciar ese sustantivo sin que suene así. Son dos hombres los que interpelan a la vecina desde el pasillo y esta vez, por mucho que lo intento, no consigo escuchar nada. Seguro que están allí por la discusión anterior, que alguien los ha llamado por las voces. Yo no he sido, eso es seguro, jamás se me ocurriría hacerlo.

Ver gente armada o que se vaya la luz aún me llena de terror, pues el apagón allí, en la Argentina, era el preámbulo del arribo de la *patota*, el grupo de secuestro, y yo sabía que, de inmediato, tocarían el timbre o aporrearían la puerta con violencia o, simplemente, la echarían abajo y entrarían, golpeándome y encañonándome; o, peor, que no los oíría entrar y sus alaridos e insultos llegarían de súbito mientras dormía, en una pesadilla real. Porque así es como ocurría: de madrugada, se iba la luz y llegaban ellos. Te asomabas a la ventana y se veían dos o tres Ford Falcon sin chapa que cortaban la calle y ellos se bajaban a cara descubierta y de paisano, armados hasta los dientes como si fueran a una guerra, llegaban y te *chupaban* y los vecinos ni se atrevían a asomarse a la puerta. La calle a oscuras y todos aterrados, ¿a quién vendrán a buscar?, ¿a quién chuparán esta noche?, y era como en las películas cuando se oye silbar el obús que cae y lo único que se puede hacer es rezar para que caiga sobre otro y no sobre vos. Yo me los imaginaba gritándome, golpeándome, encañonándome con sus pistolas y sus armas largas, me quedaría inmóvil como un animalillo, imaginando que cuando me miraran los círculos negros de sus cañones, me orinaría encima, sería incapaz de revolverme ni decir palabra, ni llorar siquiera. Ellos eran magos en conseguir que fueras un ser inerte, inofensivo, por eso tanta fuerza innecesaria, para que ni se te ocurriera a ti ni a nadie en el vecindario hacerles frente, que quedara claro lo desigual de la lucha y sus

actos fueran ejemplarizantes para todos, para que los subversivos supieran a qué atenerse y cómo se encargaban ellos del orden público. La *patota* tenía que exhibirse bien, por eso se anunciaban y por eso dejábamos la luz encendida toda la noche para intentar que el apagón nos alertara de su llegada. Por eso, aquí, en Madrid, dormí con la luz prendida durante años y vestida, como hacía allí, pues no quería que me llevaran en bombacha y sin sostén.

Mi vecina fue madre y esposa y no parece llevar bien la jubilación de ambos oficios. No soporta la soledad y el silencio y me atormenta con el televisor a todo volumen, cuando no lo hace con sus sollozos y quejas a sus pasillos vacíos. En esos momentos, la compadezco, parece que rebrota mi vicio empático, y también me alegro de no echar a nadie en falta. Oigo su tele en lugar de la mía y la escucho afanarse con el aspirador mientras yo siento una terrible pereza de limpiar. ¿Sería descortés por mi parte invitarla a que, puesto que se queja de aburrirse tanto, le diera una pasada a mi piso? Me quejo del polvo, pero no podía con las mujeres de la limpieza que venían a mi casa. No soportaba que movieran mis muebles y que ordenaran mis calcetines por colores, que apilaran mis papeles o que me tiraran los condones caducados. Todos esos trucos que ellas emplean para que se cuantifique su esfuerzo me ponían de los nervios. Soy una maniática de mi orden, no puedo remediarlo. Además, la poca paciencia de la que he dispuesto la he gastado con mis pacientes, como si fuera mi ejercicio rutinario y vital de expiación.

Mi vecina le recrimina a su hija que quiere meterla en una residencia para quedarse con el piso, y quizá sea así. A mí lo único que me aterra es verme algún día impedida y que me lleven de aquí a la fuerza -quizá por eso también me da miedo hablar con mis sobrinas, no sea que la codicia las empuje a traicionarme- y acabar rodeada de viejos enajenados y estúpidos, condenada a jugar al parchís, a cantar canciones ridículas o a ver programas de televisión de los que disfruta mi vecina hasta que me muera. Pero yo no lo permitiré. Guardo suficientes frascos de Vicodin como para matar a un ejército y no me llevarán viva. No lo harán.

Esta noche he escuchado en la televisión de la vecina las voces histriónicas de un hombre y una mujer que se desgañitaban para explicar el ritual de cómo comer las uvas al compás de las campanadas. Atragantarse juntos por una superstición es de las pocas cosas en las que los españoles se ponen de acuerdo, pero yo he olvidado

que era Nochevieja. Lo que me produce más extrañeza es la cifra con la que ha deseado felicidad el presentador a los telespectadores. ¿Dos mil veinte? ¿Pero no estábamos en el quince? ¡Madre mía, cómo pasa el tiempo! ¡Cuarenta años aquí! ¡Parece mentira! Parece que fue ayer cuando llegué a Barajas con una mísera maleta cargada de terror, sin poder creerme aún que estuviera a salvo.

Yo había estado en el sindicato de estudiantes. No había gritado por un megáfono ni pronunciado arengas, pero eso daba igual, tenía amigos que sí, que ya se habían llevado, y sabía que en alguno de sus pasos por el "quirófano", como llamaban a los cuartos de tortura, darían mi nombre y para sus captores, además, seguro que era una agente sionista. Seguro que sabían, como lo sabían todo, que había ido varias veces a la Agencia Judía al poco de empezar la universidad, con la loca idea de marchar a un kibutz. Además, los milicos con los judíos se encarnizaban de forma particular, su admiración por los nazis y su antisemitismo eran parte esencial de su ideario. Sus medios sostenían que Israel pretendía quedarse con una parte de la Patagonia, el Plan Andina, así lo llamaban, y con esas huevadas pinchaban el patriotismo de la masa y justificaban su aversión. Una amiga, Nora, también judía, que estuvo desaparecida, me contó en una de mis visitas a la Argentina cómo le gritaban: «Vos sos bosta, moische de mierda, haremos jabón con vos», mientras le daban descargas eléctricas en la vagina y en los pezones con la picana, «Vamos, habla en idisch, habla» y luego le pintaban esvásticas con aerosol y, casi sin poder mantenerse en pie, le hacían saludar con la palma extendida y decir «Heil, Hitler». Me dijo que contra los judíos aplicaban un tipo de tortura especialmente sádica y cruel: "el rectoscopio", que consistía en un tubo que se introducía en el ano de la víctima -en la vagina en las mujeres- y dentro del tubo se largaba una rata y, entonces, el roedor buscaba la salida y trataba de meterse mordiendo los órganos internos.

Le expliqué a mi viejo que me tenía que ir, porque, tarde o temprano, *la patota* vendría a por mí, que si no quería que acabara en una fosa común o flotando en el Río de la Plata me tenía que dar la guita para marcharme. Noté la decepción, la ira soterrada, la derrota, al escucharme; pero aparqué sus reproches, el *qué hacés vos entre esta manga de negros*, que tanto me había repetido en los últimos años. Nunca vi sus ojos claros más parecidos a los míos, ni más desvaídos, ni más

esforzados por buscar una lágrima que no salía. Mi viejo estaba enfermo y tenía la seguridad de no verme más, como así fue. El dinero y un frío beso me llevé de él y ya está.

Un año nuevo, podía haber ido al supermercado a comprar algunas delicatessen, que pudieran prepararse en el microondas, y una botella de Moët y habérmela bebido mientras escuchaba a Billie Holiday o a Tony Bennett hasta caer borracha; pero no lo he hecho. O podría haber llamado a la puerta de mi vecina y proponerle recibir al nuevo año juntas: hablar de bobadas, escuchar sus confidencias, enjugar sus lágrimas y hacerle terapia, disimulada o no; pero, aunque sé que la podría ayudar, que no me costaría, no me veo con fuerzas; como dije, ya me jubilé y, además, no estoy dispuesta a convertir a cualquiera en camarada solo por no estar sola, por considerar especial una maldita noche.

Parece mentira, abandonarme de esta manera al letargo de la senectud, que me impide distinguir un año de otro. Noto que la jubilación me ha vuelto perezosa, que ha alimentado una apatía impropia de mí. Yo que era una mujer meticulosa y diligente. Yo que no huía de un caso difícil ni me rendía ante una terapia infructuosa, que trabajaba doce horas al día y nunca puse como excusa un festivo para no atender una urgencia; ahora, sin embargo, rechazo ayudar a mi vecina, a una pobre mujer que es tan solo una vieja olvidada como yo, y me quedo aquí, sobre el sillón, inmóvil e insensible como un adorno más, en este cuarto anticuado y polvoriento.

Veo a mi padre parado delante de mí, en las sombras del salón, su gesto de asombro ante mi indolencia y descreimiento, de burla incluso, cuando le confieso que suscribo su manual del pequeño burgués, ese que me repugnaba en mi juventud: la inviolabilidad de mi hogar, de mi puerta blindada, o del orden público, la fobia a la inseguridad. Por eso no se me ocurrió regresar a la Argentina, por eso solo fui allí de visita, de forma esporádica, y cuando mi hermana y mis viejos amigos murieron, no regresé más. Ni loca. La Argentina no cambia o, peor, todo parece inminente, pero, al final, nada cambia. Vuelta a empezar. La Argentina es como esas ruedas que se instalan en las jaulas de los hámsteres para que den vueltas hasta reventar. Por eso, vivo también en este barrio exclusivo de Madrid, en una finca con

un portero quisquilloso y diligente que impide que entren extraños y al que premiamos con generosas propinas. Pero no es por elitismo, papá, sino por miedo. Aunque no voy a negar que me gusta lo exclusivo. Además, ¿no es el psicoanálisis algo exclusivo?, ¿no es una terapia propia de clase media-alta o directamente alta? Discutí mucho sobre esto con mis amigos, con mis amantes, en especial cuando dejaban de serlo, cuando me espetaban que mi trabajo era solo un esnobismo más en una sociedad de nuevos ricos. «La introspección es solo para los sobrados de dinero; los pobres toman pastillas, los pobres se drogan, no tienen tiempo ni ganas de mirarse el ombligo, el pobre bastante tiene con sobrevivir», me reprochaban mis amigos y amantes comunistas. «Pero yo sí trato a gente pobre y lo hago sin cobrar», me defendía. Y, entonces, ellos acusaban al lacanismo de ser un arma de apaciguamiento más, como la policía o el ejército. Pero yo sí creía en lo que hacía y seguí ejerciendo, sé que Amalia Liberman no era un fraude, que me esforcé todo lo que pude por ayudar a mis pacientes y que muchas veces lo logré. Y, por eso, ahora, miro cara a cara a la soledad, que trata de zaherirme con pensamientos envenenados fruto del tedio y del miedo, y me niego a permitirle que me reproche que mi vida fue banal y sin sentido. Mas ella me mira retadora y me espeta: «¿Vos triunfaste, vos enfrentaste el conflicto para resolverlo?».

Y, entonces, dudo. Una terapeuta que es incapaz de exorcizar sus propios fantasmas, esa soy yo. Hui de la Argentina para no acabar en la ESMA o en el "Club Atlético", en el "Olimpo", la "Perla" o el "Vesubio"; pero no se escapa, la gangrena te alcanza, aunque te marches; el poder hace al victimario, pero más hace a la víctima. El torturador le quita a ese bichito que es el reo las patas y las antenas y se queda mirando a ver si vive, si simplemente es capaz de un temblor al que llamar vida; pero la onda expansiva de su maldad llega mucho más allá, alcanza hasta a los que no puede tocar, atraviesa los océanos. No por estar aquí me sacudí el miedo. Aunque me dijera: "no, no, aquí, no", el miedo sigue. Y por eso tampoco fui capaz de tratar a una compatriota que estuvo desaparecida y que vivía aquí, en Madrid. No pude. Me sabía incapaz de sentarme tras ella y escucharla hablar de torturas y animarla a seguir hablando, de curarla de algo de lo que yo no estaba curada a pesar de ser agarrada solo de oídas. Hay algo peor que la muerte: el tormento físico y, en eso, nuestros torturadores fueron maestros. Y, ante eso, yo me

sabía la más vulnerable de las mujeres, una muñequita frágil a la que troncharían como a un mondadientes. Y sigo siéndolo, tantos años después, cuando debería haber perdido todo miedo, porque mi vida se acabó, cuando ya me la fumé hasta la boquilla y solo resta ceniza; pero tengo miedo, no me sacudo el miedo.

«¿Sabés, papá, que me he vuelto una burguesa? Soy solo una burguesa miedosa.» Y mi padre meneaba la cabeza sin condescendencia, con amargura, masticando su sabiduría acre, como un resto de comida que se escondió tras una muela. Contempla con piedad cómo me alejé de mis ideas radicales, cómo renegué del credo de mi juventud, lo que no le hace sentirse triunfante, sino como un profeta muerto y olvidado. No despegaba los labios y, sin embargo, escucho sus palabras de reproche: «Sos una boluda, una terca boluda, ¿y qué logra tanta boludez?». Miro otra vez a mi padre y le respondo con las palabras de Camus: «... qué duro debía de ser vivir únicamente con lo que se sabe y con lo que se recuerda, privado de lo que se espera».

De pronto, escucho el estridente ruido de un taladro, una vibración de terremoto en la puerta de mi casa y, después, golpes fuertes y secos, el quejido impotente de la madera. Oigo sus pasos poderosos avanzar por el pasillo. Veo sus sombras que llegan, las veo plantarse delante, sus armas al cinto. Han llegado a por mí. Sé que esta vez han llegado a por mí, que me llevarán. Sé que todo esto solo ha sido aguardar su llegada y que solo los esperaba a ellos. Y ahora, por fin, han llegado, están aquí para *chuparme*.

Sin embargo, no se atreven a acercarse, al contrario, me contemplan desde lejos, veo el horror en sus rostros. ¿Qué sucede? ¿Por qué no me gritan? ¿Por qué no me encañonan y golpean? ¿Por qué no me agarran y me llevan? ¡Marchaos! ¡Dejadme tranquila! ¡Marchaos! Pero siguen mirándome, veo una mueca de repugnancia en sus ojos. Uno de ellos me señala con un dedo enguantado de color azul y le dice al otro, como si pensara que no lo escucho:

-¿Cuánto crees que llevaré muerta?

-El portero dijo que llevaba sin verla desde hace, lo menos, cinco años...

